

La abuela Marta.

Lo único que se le pasaba por la mente a la joven **Aura** era que **el baile** se acercaba y ella aún no conseguía el vestido.

Al igual que la mayoría de las chicas de su curso se había pasado toda la tarde revolviendo cuanta tienda encontraba, pero nada había captado su atención. No dejó un solo centro comercial sin revisar, y eso que **Macbeth** era lo suficientemente grande como para ser considerada una ciudad.

“Mi ángel tiene alas negras” era el tema de la fiesta, y todos debían llevar un accesorio que concordara con el título que los maestros habían tardado tanto en decidir.

Aura había encontrado unas alas de pluma sintética perfectas. Aunque, a pesar de tener gran parte de su atuendo planeado, no podía encontrar un vestido que le combinara a la perfección.

Se tiró en la cama con sus alas en las manos y comenzó a acariciarlas. Pensó en que eran muy suaves, hasta que sintió algo filoso que le dejó un ligero corte en el dedo índice de la mano derecha; la etiqueta.

“Si te las colocas te verás como una princesa”, se leía claramente, y en letras en negrita. Aura no le dio mucha importancia y se las colocó rápidamente. Se acercó a su espejo de cuerpo entero y observó cómo todo había cambiado. Sus jeans habían desaparecido junto a su camisa y se habían transformado en un elegante vestido negro que llegaba hasta el suelo.

No podía creer lo que veía. Su vestido era el más hermoso que había visto jamás y ¡había sido gratis!

—Te ves hermosa... —Su madre le comentó apoyada en el marco de la puerta de su habitación.

—Gracias, aunque no sé de dónde salió todo esto.

—Todo es consecuencia **del amor y otros demonios**, como siempre decía tu abuela Marta.

—La más joven hizo una mueca, extrañada.

—¿La abuela no decía que si me portaba mal me sucedería lo mismo que sucedió en el funeral de **la muerte y la muerte de Quincas Berro Dagua**, su abuelo?

—¿Qué te tragaría la tierra? No... eran puras mentiras —le explicó.

—Puede ser, la abuela estaba algo loca, no tuvo **una historia sencilla**... —Ambas rieron, y abandonaron el cuarto. Antes de irse, Aura colocó sus alas en su escritorio, por lo que volvió a tener su ropa de calle. Al volver, junto a estas se encontraba una nota:

«¿Te gustó el regalo? No podía decidir entre el vestido o regalarte el poder de convertirte en sirena, pero creo que no habrías podido soportar **la metamorfosis**.

Un saludo, la abuela Marta».

Martina Ubilla.